

Yo no soy yo, es Cristo quien vive en mí

Domingo XI T. Ordinario. Ciclo C
2 Sm 12,7-10.13; Sal 31,1-2.5.7.11; Gál 2,16.19-21; Lc 7,36-8,3

En aquel tiempo, un fariseo invitó a Jesús a comer con él. Jesús, entrando en casa del fariseo, se puso a la mesa. Y una mujer pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas, se los enjugaba con sus cabellos, los cubría de besos y se los ungía con el perfume...

Jesús le dijo: Un prestamista tenía dos deudores; uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos lo amaré más? Simón contestó: Supongo que aquel a quien le perdonó más...

Por eso te digo: sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor; pero al que poco se le perdona, ama poco... Tu fe te ha salvado, vete en paz.

Primera lectura del segundo libro de Samuel (2 Sm 12,7-10.13) dice: *“Después del pecado de David, el profeta Natán fue a su encuentro y le dijo: «¡Tú eres ese hombre! Esto dice el Señor, Dios de Israel: "Has despreciado al Señor haciendo lo que le desagrada... David dijo: He pecado contra Yahvé..."”.*

David nació en la segunda mitad del siglo XI a.C. en Belén capital de la tribu de Judá. Tras una exitosa vida militar, a la muerte de Saúl, David fue proclamado rey de Judá. Después de haber cometido adulterio con Betsabé y tramado la muerte de su esposo Urías, la fortuna dejó de sonreírle a este gran soberano de Israel. La conducta de David no gustó al Señor: la narración de este hecho es una de las más bellas y vigorosas del A.T.; el profeta Natán la abre con una parábola, elemento enormemente apto para introducir el diálogo y hacerle al rey recapacitar y reconocer su error. Por eso, tras oír a Natán, David confiesa su pecado y hace penitencia. Fue un hombre religioso al estilo de su época, de piedad sincera y de oración frecuente, y, por sus pecados, hizo penitencia aceptando las orientaciones del Natán.

Desde la antigüedad, la tradición ha puesto en boca de David el salmo 51, llamado “Miserere”, especialmente penitencial y el más conocido, es de una hondura intensa y exquisito sentido religioso; ha llegado a ser la oración clásica de la penitencia. Se cree que él mismo compuso algunos salmos en honor del Señor; son textos poéticos para orar, expresan una reflexión sobre el encuentro con Dios.

El Señor perdona al rey, pero el niño que había concebido con Betsabé, a pesar de las súplicas, muere; tras de lo cual tuvo otro hijo a quien llamó Salomón, que fue amado por el Señor. El nacimiento de Salomón es prenda y garantía de que Dios ha perdonado a David, Dios se hace presente en la Historia, su presencia y su mano preside y guía todos los acontecimientos; el amor de Dios se hace expreso; el que le tiene a Salomón es un amor de elección.

El salmo responsorial canta: *Dichoso el que está absuelto de su culpa, a quien le han sepultado su pecado; dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito.*

Segunda lectura de la carta a los Gálatas San Pablo dice: *Hermanos, estoy crucificado con Cristo: yo vivo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí. Y, mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí. Yo no anulo la gracia de Dios (Gál 2,16.19-21).*

Los gálatas eran un pueblo de origen céltico, emparentado con las tribus de la Antigua Galita, que a través del curso del Danubio y traspasando Macedonia, habían llegado a la península del Asia Menor, hoy Turquía, para instalarse en su parte central. En el 180 a.C. se constituyó este territorio en la provincia romana de Galacia. San Pablo la evangelizó en su primer viaje apostólico durante los años 45-49 d. C.

El Apóstol desarrolla aquí el tema central de la carta: La salvación del hombre viene de Dios por la fe en Jesucristo, que entregó su vida para librarlo de sus pecados y de la perversión de este mundo. El hombre ha de colaborar no por el cumplimiento minucioso de la ley, sino mediante la palabra salvadora de Dios y una fe viva en la práctica del amor.

Esta perícopa presenta dos partes; en la primera se destaca lo esencial del mensaje cristiano, con predominio de los términos jurídicos referentes a la fe; son vocablos clave: salvar, salvación, fuerza salvadora, cuyo origen bíblico original hace referencia a la justicia, que en el A.T. abarca las relaciones entre Dios y el hombre en el marco de la alianza. Dios es justo por su fidelidad a la alianza, que ha establecido para con su pueblo para librarlo de los enemigos, para protegerlo y enriquecerlo, en definitiva para salvarlo. Dios nos salva por creer en Jesucristo. En la otra, el Apóstol habla en primera persona del singular mediante el empleo de la expresión mística. Aquí la clave está en la expresión "estoy crucificado con Cristo". Pablo ha muerto a la ley, el cristiano no está ya ligado a la ley, lo espera todo de Cristo; el cristiano, incorporado a Cristo por el bautismo, participa de la muerte de Cristo, en lo que tiene de liberadora.

Dios nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados.

El santo evangelio según San Lucas (Lc 7,36-8,3) cuenta hoy la invitación a comer de Simón a Jesucristo, la pecadora que riega sus pies con sus lágrimas y la lección sobre el perdón en relación con el amor. El cristianismo se distingue por la cantidad de amor que, a imitación de Jesucristo, se ponga en práctica cada día.

Mientras la unción de Betania de los otros evangelistas prefigura y anuncia la pasión y muerte de Jesucristo, esta de Jerusalén, que cuenta San Lucas, tiene el significado de perdón y conversión, para subrayar el aspecto favorito de este evangelista: la misericordia de Jesús con los pecadores; Lucas quiere expresar la íntima relación que hay entre el amor agradecido y el perdón de los pecados, que se hace presente en Jesús. David, a quien atribuye la tradición el conocido "Misserere", Salmo 51, lloró e imploró el perdón: "Perdona, Señor, mi culpa y mi pecado"; "hizo penitencia, lo que no suelen hacer los reyes, sentencia San Agustín, y su pecado fue perdonado". Igualmente perdona Jesús a aquella pecadora, que lo buscó, y, venciendo todo respeto humano, le regó los pies con sus lágrimas de arrepentimiento, los besó y se los ungió con perfume. Porque amó mucho, se le perdonaron muchos pecados. Habría sufrido muchos desengaños. Estaba desengañada y hastiada de su vida. El fariseo pensaba: "Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es esta".

Jesús, que ha leído sus pensamientos, da a Simón la posibilidad de convencerse de que Él es el Mesías; al mismo tiempo, con la parábola, prepara a todos para comprender quien es y sale, como siempre, con su misericordia, en defensa de la mujer. Jesucristo es el primer defensor de los derechos femeninos, devuelve a la mujer su dignidad y la igualdad (cf. Lc 8,1-3), la admite en su discipulado, la acoge y trata en paridad de rango con el hombre, envía a la Samaritana en misión, nombra Apóstol a la Magdalena y se aparece a ella la primera; no es cierto que fuera prostituta, sino que sufría una grave enfermedad psíquica de la que Jesús la curó y desde entonces lo sirvió y no se apartó de Él. Lucas señala la gran importancia que Jesús concede a la mujer (8,1-3), el que Jesús fuera acompañado de varias mujeres era algo insólito entre los judíos; la mujer tenía un papel social y religioso marginal y de sometimiento; pero el Maestro se salta los prejuicios y va dignificar a la persona, sin convencionalismos; son las mujeres los primeros testigos de su muerte y resurrección y están presentes en el origen mismo de la Iglesia (Hech 1,14). De ahí, que ella deba ocupar en la Iglesia funciones de más fundamento.

Jesús, dejando que aquella mujer con sus lágrimas le muestre todo su afecto y gratitud, actúa con libertad y con autoridad y habla con toda franqueza. Se había arrepentido y fue perdonada, vino a Cristo a expresarle, con signos externos, su cariño y agradecimiento, y, allí, junto a Jesús, en ese encuentro sincero, siente que Dios sigue creyendo en ella y le abre un futuro diferente. Simón no tenía conciencia de ser pecador ni de que hubiera de ser perdonado, por lo que no brotaba el amor en su corazón. El evangelio de hoy invita a experimentar el amor y el perdón de Dios, a elevar la plegaria de alabanza y a expresar gratitud en el afecto cercano al prójimo.

La pecadora, como el hombre que encontró un tesoro y fue, vendió todo lo que tenía y lo compró, ha encontrado a Jesús y, cambiando su vida, ya no lo dejará jamás. La mujer, como todo el mundo, iba buscando la felicidad, pero no la había encontrado; la vida que

llevaba no la hacía feliz, vivía la insatisfacción y un vacío profundo. La felicidad estaba en la decisión de ir hasta Jesús con sus lágrimas y arrepentimiento. La conversión es el camino de la felicidad y de una vida plena. No es algo penoso, sino sumamente gozoso. Es el descubrimiento del tesoro escondido y de la perla preciosa.

Muchas de estas mujeres siguen ese torbellino por necesidad, por cálculo o por interés. La sociedad las margina. Jesús las acoge, las perdona y las pone en el camino del amor y la entrega a Dios. El fariseo, que no creía necesitar perdón de nada, se quedó sin el encuentro con Jesucristo. Lo había hospedado en su casa. Pero, ni se conocía él mismo, ni había llegado a descubrir a Jesús en la misericordia del Padre. Jesús salió de casa de Simón gozoso por haber encontrado a una mujer que estaba perdida. "No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos" (Lc 5,31). Simón el fariseo también estaba enfermo, pero no lo sabía ni le interesaba saberlo. Jesús entró en su casa, y él no supo penetrar en la realidad de su huésped (Lc 7, 36).

Vivamos en Jesucristo, como el Apóstol: "Vivo, pero yo no soy yo, es Cristo quien vive en mí".

Camilo Valverde Mudarra